

Discurso del Académico D. Abelardo Bonilla Baldares en contestación al anterior

Sr. Presidente de la República,
Sr. Embajador de España,
Señoras y Señores:

Aun cuando don José Marín Cañas no hubiese publicado ninguna obra literaria, bastaría el magnífico discurso que acabamos de oír para justificar plenamente y para considerar acertadísima la elección que hizo la Academia al designarlo unánimemente su miembro de número, para ocupar la silla que quedó vacante con la muerte de nuestro recordado compañero don Joaquín Vargas Coto. Y no es este un elogio que obedece a la amistad o a razones puramente ceremoniales. Vibra todavía el eco de las últimas palabras del nuevo académico y vibra todavía entre nosotros el temblor de emoción que él le dio a todo su discurso y, especialmente, al juicio que hizo de su antecesor. Bien sabéis, entonces, que en la afirmación hecha hay verdad y sinceridad.

Marín Cañas ha guardado y renovado la tradición de la Real Academia Española de la Lengua y de sus correspondientes hispanoamericanas, al recordar con afecto y al exaltar con conocimiento, profundidad y justicia la obra literaria de Joaquín Vargas Coto. Pero a ese conocimiento ha añadido la originalidad, porque ha llegado a la personalidad de su antecesor, no directamente, sino después de un brillante prólogo en el cual nos ha dado toda una teoría sobre la esencia de nuestra cultura indoespañola. No es esta la oportunidad de comentarla, labor que requeriría mucho esfuerzo dialéctico y no pocos documentos. La señalo, sencillamente, pero no resisto a la tentación de consignar algunas breves observaciones, en apoyo de las ideas expuestas por Marín Cañas.

Hubo, en efecto, un período de afrancesamiento en la literatura y en el pensamiento americanos, durante el siglo pasado: pero en el pueblo, en el habla popular, no se perdieron nunca las raíces ni los frutos españoles, y esta circunstancia fue la que hizo posible el nacimiento de una literatura netamente americana, que no es otra cosa que el resurgimiento en nuestras tierras del realismo español. Pero cabe preguntar: ¿hasta dónde fue alejamiento de España y acercamiento a Francia la tonalidad media de la literatura de América durante el siglo pasado, como lo señala Marín Cañas? Don Miguel de Unamuno dedicó varios ensayos a demostrar que el regionalismo lingüístico en nuestros países y la gran mayoría de sus voces y giros, que suponemos inventados en estas tierras, son neta y legítimamente castellanos. Y del ensayo titulado *De cepa criolla* tomo estas palabras:

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

“Los movimientos han sido sincrónicos en España y en la América española. Cuando aquí se quintanizaba se quintanizaba allí; cuando Larra hacía aquí furor, Alberdi lo imitaba en la Argentina; Núñez de Arce reinó algún tiempo en uno y otro hemisferio. Y más recientemente la influencia de Rubén Darío no ha sido aquí menor que allende el Océano. El mismo afrancesamiento de las letras americanas—mucho menor y mucho más superficial de lo que se cree comúnmente—ha sido un afrancesamiento mediato, a través de traducciones y de imitaciones españolas”.

Ya veis, señores, que habría mucha tela que cortar en torno a la teoría de Marín Cañas y que, sin analizarla a fondo, es posible afirmar su brillante concepción y la conveniencia de que se estudie con el tiempo y la amplitud que merece.

Nuestro compañero nos dice que Costa Rica debe un homenaje a la memoria de don Joaquín Vargas Coto y nos deja una sugestión, en cuya realidad está dispuesto a trabajar: la de que se editen en un tomo las crónicas epistolares de Camilo Galagarza, la obra más genuinamente costarricense de su ilustre antecesor. Pienso que la Academia debe responder a tan gentil y justa iniciativa y aprovecharla para iniciar una obra de mayor dinamismo y eficacia que la realizada hasta hoy. La lengua es vida, “sangre del espíritu” como la llamó el gran vasco castellano, y es indispensable también infundirle vida y espíritu a la Academia.

Desde hace muchos años ha sido tópico vulgar el expresar desdén y aun sarcasmo por la Academia sin conocer su actual espíritu e ignorando su fértil y brillante historia. Porque el origen de la institución a la cual tenemos el honor de pertenecer, no está en el acto oficial con que Felipe V consagró en 1714 la iniciativa del Marqués de Villena. Su verdadero origen está en el Siglo de Oro y en aquellas agrupaciones que se llamaron Academia de los Nocturnos y Academia Selvagia, que en escala todavía no estudiada pero indudable, contribuyeron a la riquísima cosecha literaria de aquel extraordinario período. Las Academias, como las Universidades, pueden tener y tienen todos los defectos de lo humano, pero son un triunfo de la inteligencia, del estilo y del orden; es decir, un triunfo del espíritu. Es verdad que han sufrido eclipses y han llegado a perder los pulsos, pero su espíritu—como el de la literatura hispanoamericana—se ha mantenido a través de todos los cambios y vicisitudes, porque, siendo una valla contra la anarquía y contra estrechos localismos nacionalistas, simboliza el espíritu de la lengua, el más fuerte y vital en el hombre y en las sociedades, puesto que es el don racional y divino por excelencia.

Pero no es ésta tampoco la oportunidad de extenderme sobre la sugestión de Marín Cañas y debo poner término a esta respuesta. Quie-

ro hacerlo revelando un secreto y proponiendo a mi vez algo al nuevo compañero, en nombre de la Academia. José Marín Cañas tuvo una época de extraordinaria actividad literaria, alrededor de 1940, fecha de excepcional fertilidad en nuestras letras. De entonces datan muchas obras suyas en el fondo de la novela, del teatro, de la crónica y del ensayo, entre ellas dos que son obras maestras y que pueden situarse al lado de las mejores novelas que se hayan escrito en lengua española, en nuestro tiempo: *El infierno verde* y *Pedro Arnáez*. Luego, y por causas que ignoramos, entró en la ruta del silencio, con raras e insignificantes excepciones. Cuando propusimos su nombre para integrar la Academia, tuvimos en mente, desde luego, un acto de justicia y reconocimiento al gran escritor, pero nos movió también—y es este el secreto—la esperanza de que la elección actuara como estímulo, algo así como un alcaloide, que le comunicara el fuego sagrado y lo moviera a regresar a la tierra de las bellas letras. Verdad es que entre nosotros, como en muchas otras partes, esta tierra está cada día más cerca de merecer la calificación de las palabras latinas. *In partibus infidelium*, y que aun sospechamos que fueran los infieles quienes obligaron a Marín Cañas a buscar el retiro y el descanso. No es menos verdad, sin embargo, que a temples como el suyo no puede satisfacerles esa solución y que a la quietud mediocre preferirán siempre el arduo tránsito por las rutas intensas y difíciles de la belleza.

Y esto me lleva a la proposición, con la que pongo punto final a esta respuesta, que resumo en muy pocas palabras: sed fiel a vuestra vocación de escritor. Terminasteis vuestro discurso invocando, después del nombre de Dios y del de vuestro padre, el de Don Quijote. Yo invoco también el recuerdo de Alonso Quijano y espero—como lo esperamos todos—que muy pronto podamos decir lo contrario de lo que el inmortal manchego dijo al recuperar la razón, ya cerca de la muerte: “A los nidos de antaño han vuelto los pájaros hogaño”.

He dicho, señores.